

Ramón Gaya, Arturo Serrano Plaja, Carmen Conde y, sobre todo, a Alejandro Casona y Antonio Sánchez Barbudo, que sobresalieron por su constancia y por el gran número de pueblos recorridos. Numerosas fotos distribuidas a lo largo de la muestra ilustran la labor de estos hombres: campesinos congregados con fervor religioso alrededor de un gramófono para escuchar piezas de música clásica que nunca antes habían tenido la oportunidad de oír, un grupo de comisionados que avanza por una zona montañosa con un cargamento de libros a lomos de burro, una caravana de personas que se acerca desde un pueblo cercano para poder participar en las actividades de una comarca vecina, habitantes de un pueblo que siguen a los misioneros hasta el siguiente como muestra de agradecimiento por haberles llevado algo del conocimiento que secularmente les había sido negado, etc.

Las primeras misiones tienen lugar en el bienio del 32-33, en el que 70 comisiones recorrieron 300 pueblos –cifra que prácticamente se triplicó al siguiente año– a los que llevaron libros, obras teatrales, un coro y un museo ambulante. Al producirse el estallido de la guerra civil la República había creado 5.522 bibliotecas que, en sus dos primeros años de vida, habían contado con la afluencia de aproximadamente 475.000 lectores que leían las obras de Homero, Cervantes, Dante, Tolstoi, Dickens, Hugo, Wells, Galdós y Bécquer, entre otros. Aparte de los libros fueron enviados numerosos gramófonos y cerca de 2.000 discos para dar a conocer las creaciones de Bach, Falla, Albéniz, Beethoven, la lírica tradicional de diferentes regiones, etc. El 90% de las bibliotecas fundadas fueron solicitadas por ayuntamientos republicanos y socialistas, mientras que los que estaban controlados por fuerzas políticas de la derecha casi nunca las solicitaron.

El entusiasmo por la cultura fue tan grande en la época que se dieron numerosos casos de bibliotecas fundadas por toda suerte de grupos y asociaciones –independientes de obreros por ejemplo– y en muchas ocasiones por iniciativas personales, modestas en su mayoría, pero llevadas a cabo con la mayor entrega. La biblioteca popular más interesante fue, sin lugar a dudas, la de Castropol (Asturias), que se inauguró en 1922 por iniciativa de unos jóvenes universitarios con 158 volúmenes y que en el año 36 contaba ya con cerca de 5.000 libros, dependían de ella 14 bibliotecas sucursales, editaba revistas, organizaba conferencias, representaba obras de teatro y funciones de guiñol y ofrecía conciertos.

La exposición rinde homenaje a la abnegada labor de Juan Vicéns y de María Moliner que como inspectores de bibliotecas fundadas por las

*Misiones Pedagógicas* recorrieron más de cien pueblos y aldeas desperdigadas por todo el territorio español. Vicéns —educado de acuerdo a los preceptos de la Institución Libre de Enseñanza— coincide y hace amistad en la Residencia de Estudiantes con la intelectualidad del momento: Salvador Dalí, Federico García Lorca, Luis Buñuel y Emilio Prados, entre otros, y en París funda —en compañía de su mujer, la bibliotecaria María Luisa González— la *Librairie Espagnole* en 1927. En la exposición se recogen algunas de las anécdotas más conmovedoras que Juan Vicéns y María Moliner vivieron en su trabajo de inspectores: la emoción que sentían cuando hombres harapientos se acercaban al tren en que viajaban no para pedir limosna o alimentos sino para que les prestaran libros y revistas o el asombro que les produjo conocer al carpintero de Hoyos del Espino, un hombre ya mayor, con 10 hijos, que había sido elevado al puesto de bibliotecario en el pueblo y que para poder cumplir con su nuevo cargo atendía con sumo cuidado a las explicaciones sobre catalogación y organización de la biblioteca que le daban «cerrando los ojos y apretando los puños como un muchacho».

La guerra civil frustra las actividades culturales que llevaban a cabo las Misiones Pedagógicas, pero no consigue doblegar la voluntad del gobierno republicano que sigue intentando difundir la cultura. En 1936 el gobierno de la República crea Cultura Popular, organismo encargado de dirigir la formación de bibliotecas en los frentes del territorio republicano excepto en Cataluña, labor en la que destaca la entrega de Teresa Andrés. En los frentes republicanos catalanes las bibliotecas son creadas y gestionadas por el Servei de Biblioteques del Front, dependiente de la Generalitat, en el que sobresale el trabajo y dedicación de Jordi Rubió, otro de los bibliotecarios a los que se rinde justo tributo en esta exposición.

Durante la guerra civil Madrid se convierte en la primera ciudad bombardeada desde el aire. La furia devastadora de los morteros nacionalistas amenaza el legado custodiado por la Biblioteca Nacional y el Museo de El Prado. Ante los peligros ocasionados por la guerra numerosas colecciones de libros y documentos son depositadas en la Biblioteca Nacional, como por ejemplo la del duque de Frías, la del duque de Alburquerque, las de decenas de iglesias, etc. La guerra provoca la paradójica recuperación de valiosos documentos como el Códex H19 de la Academia de la Historia —el testimonio más antiguo de las obras de Gonzalo de Berceo, robado en 1929 y recuperado con

el estallido de la guerra en la biblioteca de M.L.G.—, un Cancionero manuscrito del siglo XV en 2 tomos, originales autógrafos de Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, etc. que eran entregados por sus propietarios en depósito a la Nacional ante el temor de sufrir su pérdida. A fines de julio de 1937 el equipo de catalogación de la Biblioteca Nacional, al frente del cual se encontraba Amalio Huarte, había fichado 17.400 obras y 500 legajos con folletos y revistas que tenían más de 30.000 fascículos. Gracias a la meticulosa tarea de catalogación llevada a cabo en esos días por los bibliotecarios de la Nacional todas las colecciones privadas pudieron ser devueltas de modo íntegro a sus propietarios al término de la guerra.

Al iniciarse los bombardeos sobre Madrid el gobierno republicano atiende de modo inmediato las peticiones del director de la Biblioteca Nacional; destinar un retén de bomberos de manera permanente al edificio y enviar 3.000 sacos de tierra arcillosa incombustible. Los peores pronósticos se confirman: la Biblioteca es atacada desde el aire con bombas inflamables y una llama en forma de soplete penetra en la sala de los incunables y libros raros, pero la muralla de sacos terreros cumple su labor de defensa y evita que se produzcan daños irreparables.

La difícil situación que atraviesa Madrid a causa de los bombardeos hace que el gabinete del presidente Azaña determine como prioridad básica el salvamento del tesoro artístico español y para ello crea la Junta de Defensa del Tesoro en 1937. La entidad, presidida por el pintor Timoteo Pérez Rubio, determina evacuar de Madrid las principales pinturas de El Prado y las obras más importantes de la Biblioteca Nacional, así como seguir al gobierno republicano en su traslado a Valencia. A tal fin se hace un inventario de los objetos que van a viajar y se preparan unos embalajes especiales que impiden que las obras puedan sufrir cualquier daño. Durante días y días numerosos camiones viajan rumbo a Valencia con su preciada carga, acompañados de oficiales republicanos para facilitar el paso de los controles y siguiendo diferentes rutas con el fin de correr el menor riesgo posible. En Valencia las cajas del tesoro son depositadas en las torres de Serranos, que previamente han sido acondicionadas con sacos terreros, bóvedas de hormigón y capas de cáscara de arroz con el fin de amortiguar los efectos de cualquier bomba.

El avance nacionalista parece inevitable, y, ante el temor de que la zona republicana quede dividida en dos el gobierno, decide trasladarse a Barcelona, acompañado de las cajas del tesoro. Una vez allí las

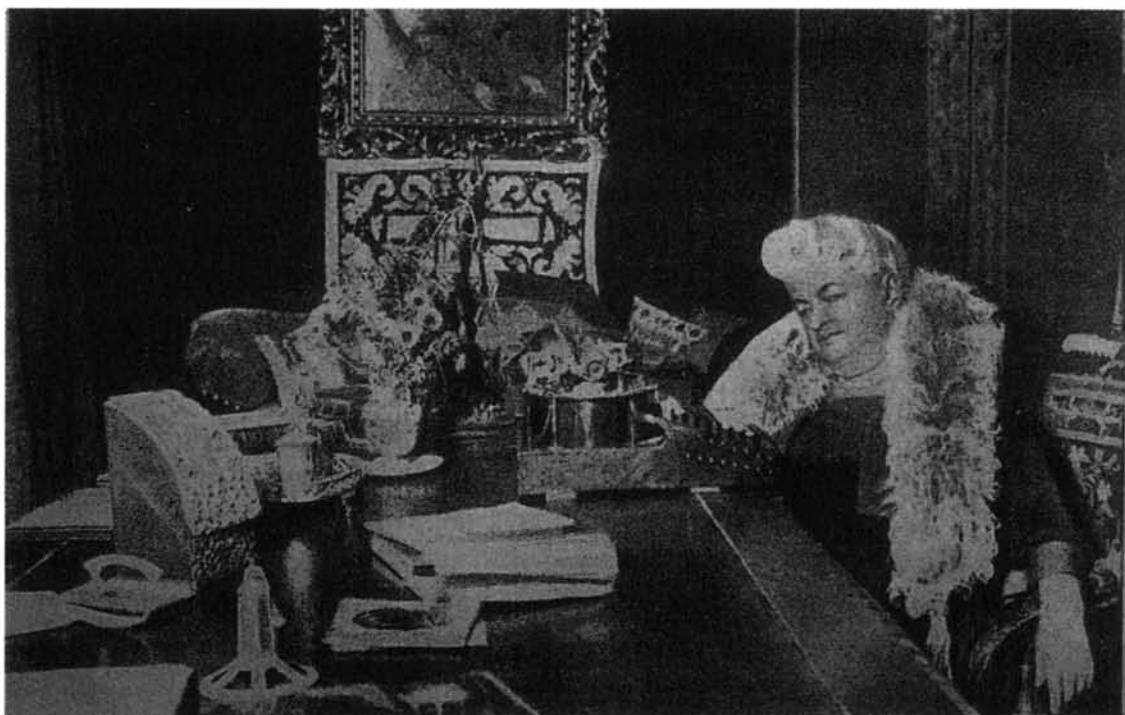
cajas son almacenadas en el castillo de Perelada, en el de Figueras y en una mina de talco abandonada a poca distancia de la frontera con Francia, llamada La Vajol. Cataluña está a punto de caer y los republicanos preparan su desalojo. La prioridad para Azaña era el salvamento del tesoro, pues, como expresó con emotivas palabras, podría haber más repúblicas en el futuro, pero si se llegaban a perder las obras de arte que conformaban el tesoro el daño sería irreparable. Manuel Azaña se persona entonces a pocos metros de la frontera francesa y comienza a detener a los camiones que evacuaban heridos y material de primera necesidad para rogarles que cedan esos vehículos para trasladar las cajas del tesoro. La gente no comprende muy bien la situación, pero el respeto que sentían por su presidente les lleva a descender de los camiones.

La determinación de Azaña permite llevar todas las obras a suelo francés. El presidente cruza la frontera en el último momento cuando todos los camiones con las cajas han pasado y puede estar seguro de que el tesoro se encuentra a salvo. Atrás quedan las últimas reservas de la República, dinero con el que muchos de los encargados de custodiar las obras de arte habrían podido llevar una vida cómoda en el exilio, pero su único desvelo era salvar el patrimonio cultural de España. Timoteo Pérez Rubio y Tomás Navarro Tomás, que habían seguido de cerca el viaje de las cajas desde que partieron de Madrid, también cruzan la frontera en el último momento perseguidos por las bombas enemigas, en un viaje sembrado de peligros que el director de la Nacional hace acompañado de su gran amigo el poeta Antonio Machado.

En Francia el Comité Internacional para la Conservación de los Tesoros se encarga de las obras y se decide su traslado a Ginebra. Los republicanos que acompañan en su viaje a las cajas, entre ellos Timoteo Pérez, se encuentran exhaustos y con sólo dos francos en el bolsillo. Han perdido su país, su familia, sus amigos y sus bienes, pero han logrado cumplir con la ardua tarea encomendada. En Ginebra se procede a abrir las cajas y se comprueba que el esmero con que las obras de arte fueron embaladas por la Junta ha permitido que no tengan desperfectos. Las injustas acusaciones de robo y expolio a los republicanos, lanzadas por los falangistas y por algunos países extranjeros, se desvanecen. A los pocos días, paradójicamente, el gobierno franquista es reconocido por Suiza y se ordena la devolución del tesoro a suelo español. Un tren con 22 vagones procedente de Ginebra que transporta 1.846 cajas llega a Madrid el 9 de septiembre de 1939. No se ha per-

dido una sola obra de arte y el patrimonio pictórico y cultural de España permanece indemne gracias a la labor sacrificada de sus defensores a quienes la dictadura franquista obliga a marchar al exilio –Tomás Navarro Tomás, Juan Vicens y Timoteo Pérez Rubio–, a no poder seguir ejerciendo su profesión –Teresa Andrés, Jordi Rubió–, o a ser degradados en un cargo: María Moliner perdió 18 puestos en el escalafón del cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios.

Han tenido que pasar más de 60 años para que una modesta placa en El Prado reconozca el abnegado trabajo de estos hombres y mujeres y para que se organice una exposición como la que hemos podido visitar en estos días en la Biblioteca Nacional de Madrid. Toda guerra guarda sus héroes anónimos, la nuestra empieza a recordar sus nombres.



Doña Emilia en su despacho. *Blanco y Negro*. 17-XI-1918